

El Eco de Cartagena.

AÑO XXVIII.—NÚM. 8134

DIARIO DE LA NOCHE

TELÉFONO NÚMERO 4.

PRECIO DE SUSCRICION.

Cartagena.—1.º mes, 2 pesetas; tres meses, 6 id.—Provincias, tres meses, 7'50 id.—Extranjero, tres meses, 11'25 id.—La suscripción empezará á contarse desde 1.º y 16 de cada mes. Números sueltos 15 céntimos

CONDICIONES

El pago será siempre adelantado y en metálico o letras de fácil cobro. La Redacción no responde de los anuncios, remitidos y comunicados, se reserva el derecho de no publicar lo que recibe, salvo el caso de obligación legal. Corresponsales en París: Mr. A. Lorette, rue Caumartin, 61. Mr. J. Jones, Faubourg Montmartre, 31, y en Londres, Fleet Street, E. C. 100.

LAS SUSCRICIONES Y ANUNCIOS SE RECIBEN EXCLUSIVAMENTE EN LA REDACCION Y ADMINISTRACION, MEDIERAS 4.

Sábado 15 de Diciembre 1888

EL BARCO DE VALENCIA en la Exposición de Barcelona

La única medalla de oro
Concedida al chocolate
En la industrial competencia
Del Universal Certamen,
La han ganado los de EL BARCO
Por sus precios y sus clases,
Y la medalla de plata,
Los tes y cafés que saben
Preparar en esta fábrica
Por medios tan especiales.
¿Quién negará, ni siquiera
Podrá en duda en adelante
Que la marca de EL BARCO
Es la marca inmejorable?

Representante general en la provincia de Murcia para las ventas al por mayor, Benigno Sánchez Rísueño, Caridad, 3, Cartagena.

ECOS DE MADRID

14 de Diciembre de 1888.

El lunes último se vieron sorprendidos los empleados en la Caja general de Depósitos con la orden que circuló rápidamente de no moverse de las habitaciones en donde se hallaban.

—No se puede salir fue la consigna para los empleados.

—No se puede entrar decían los centinelas á quienes pretendían pasar el umbral de la puerta del edificio.

¿Qué había pasado? Los lectores lo saben porque todos los diarios han reproducido la noticia.

El viernes por la tarde cerraron los claveros la caja, se fueron muy tranquilos á sus casas á disfrutar de las dos fiestas seguidas, la Purísima Concepción y el Domingo, y al abrir la Caja el lunes encontraron que no hallaban una crecida cantidad que dos días antes habían dejado allí.

Primero se dijo que la suma evaporada eran cinco millones de reales; ahora se indica que es bastante mayor.

No repetiré los detalles de este suceso que se han leído con avidez y con asombro en toda España. ¿Cómo de una habitación forrada de hierro, cerrada con tres llaves distintas y custodiada día y noche con el mayor esmero, pueden desaparecer seis ó siete millones, sin que se noten en las cerraduras señales de infracción?

La autoridad del día primero á todos los empleados y ya pueden imaginar los lectores lo que esta determinación produciría en el seno de numerosas familias.

Cuando llegó la hora del regreso al hogar, los padres, las esposas, hasta las niñas de huéspedes se alarmaron.

A la zozobra siguió la inquietud. Para fue la familia que se envió á la Caja á inquirir noticias.

—¡Atrás! No se puede pasar.
—Es que vengo á preguntar por un asunto.

—No hay remedio ni solución. La noticia es terminante. Nada que ni entra.

Con un poco de tiempo, se hizo pública la misma noticia los periódicos de los alrededores y como todo se iba circulando noticias estupendas.

Hasta las tres de la madrugada no dieron la hora, es decir no salieron de la oficina

los empleados. Los que estaban con el chocolate, apenas tenían fuerzas para abrazar á las personas de su familia que esperaban á la puerta la solución de aquel inesperado problema.

¿Cómo se habrá reído el misterioso autor del robo si se ha enterado de la perturbación que ha producido al satisfacer sus apetitos desordenados!

Siguen presos los tres claveros; los tres, personas de honradísimos antecedentes y á estas horas no sabemos los profanos si la justicia habrá encontrado el cabo que siempre queda suelto.

Nadie atribuye culpabilidad á los detenidos; es decir nadie sospecha que ese audaz golpe de mano haya sido obra suya... de los tres, porque sin las tres llaves no era posible abrir la caja. Pero sí se murmura que había descuidos, como sucede con frecuencia en nuestro país. Parece ser que no eran sólo los tres los que manejaban el dinero; y como hay la certeza de que la Caja no se forzó, pudiera muy bien haberse verificado el escamoteo el viernes por la tarde, aprovechando el autor del robo los dos días de fiesta para ponerse en salvo. No se trata pues de una improvisación, sino de un proyecto bien meditado y diestramente ejecutado.

¡Cerca de siete millones! El premio de Navidad! Hé aquí lo que dicen las gentes cuando se les habla del asunto.

—Porque este año, como los anteriores, al llegar esta época del pavo y del besugo nadie se acuerda más que de la lotería.

¿Quién será el Cassola de este año?

Cuanto mayor es la pobreza, más billetes de la lotería se venden. Todos sacrifican el óbolo del presente á la fortuna del porvenir ó por lo menos el reintegro.

¡Qué de ilusiones! ¡Qué de esperanzas!

La venta de décimos en este año es mayor que en los anteriores, y según cuentan la mayoría pide números impares.

¿Qué abstracción! Los mismos billetes que tenían les dicen desde luego que no.

Pero como ha de haber uno ó varios afortunados, todos aspiran á ser ese uno y lo sensible es, que la mayoría no pasan de ser ceros.

Julio Nombela.

Variedades.

Charada.

Prima dos es un fruto
También da miedo,
La tres es una hierba
De curandero,
La dos y cuatro
Se encuentra en las iglesias,
Y al seis es árbol.

José Martí y Mala.

La solución en el número próximo.

FORTUNA

La alegría, el contento de que se hallaba poseía toda la población, contrastaban notablemente con el silencio y el abandono de la pobre anciana que, sentada sobre un tronco de árbol, única silla de su miserable vivienda, se entretenía haciendo calceta.

A veces, interrumpiendo su labor, quedaba absorta en profundas meditaciones.

Todo allí revelaba tristeza y sufrimiento.

Veinte años antes vivía feliz en compañía de su esposo y un hijo, los cuales se complacían en satisfacer sus menores caprichos; ahora, sola en el mundo, viviendo de su misero trabajo y de la caridad, se deslizaban los últimos años de su existencia, sin que una persona amada se interesara en hacérsela menos odiosa.

Su esposo sucumbió por arrancar á sus semejantes de las garras de una epidemia colérica, y poco más tarde, su hijo Antonio, único sostén del hogar, tuvo que partir de soldado para Cuba, pagando el tributo que todo ciudadano debe á la patria.

¡Conmovedora despedida! Aquellos seres, por cuyas venas circulaba la misma sangre, unidos en estrecho abrazo, vertían lágrimas, mientras sus labios, murmurando frases entrecortadas por la emoción, prometían volver á verse pronto sin el temor de nuevas reparaciones.

Cuando al partir el tren que conducía á Antonio, se perdió ya de vista, un pañuelo que sin cesar se agitaba, la madre, dirigiendo sus ojos á lo alto, exclamó:

—¡Que vuelva pronto, Dios mío!

La metálica voz de las campanas lanzadas á vuelo llevaba á todos los rincones del pueblo el contento y la alegría.

En torno de la destaralada iglesia reuníanse todo deseosos de lucir sus galas, que sólo reservaban para la fiesta mayor, y de ganar algunos días de indulgencia prestándose á conducir sobre sus hombros á la virgen, patrona del pueblo, que antes de media hora recorrería procesionalmente las calles principales.

Para la noche estaba anunciada una representación dramática en el teatro, á cuyo efecto debían llegar de un momento á otro los cómicos contratados por los individuos del Ayuntamiento, los cuales, vara en ristre, se distinguían por su aire vanidoso y altavero de la multitud compacta.

Pero la causa principal del entusiasmo no era la procesión, ni el teatro, ni aun los fuegos artificiales y el baile concertados para después del espectáculo: existía otra novedad de más atractivo, desconocida allí, y de la cual se hablaba en todos los grupos.

El alcalde, deseando dar testimonio del estado floreciente de las arcas municipales, se había permitido el lujo de contratar á un famoso aeronauta, asombro de cuantos tuvieron ocasión de admirar su intrapidez y valentía, el cual, aquella tarde, verificó la ascensión en su globo Fortuna.

Apenas hubo terminado la procesión, se reunió la gente en los dominios, para reunir sus ánimas á las fiestas y volver enseguida á la plaza á contemplar por vez primera el monstruo capaz de lanzarse al espacio y ascender más allá de las nubes.

Ajena la anciana á cuanto pasaba en el exterior, había vaciado en un plato de barro un mezquino guisado de verdura y patata, su único alimento durante las veinticuatro horas del día.

Unos golpecitos apagados resonaron en la puerta.

—¿Quién podrá ser!—dijo con extrañeza mientras se dirigió á abrir la puerta.

—¡Tía Enriqueta! no quiero que diga usted que la echo en olvido—dijo entrando al propio tiempo el ventruco alcalde, cargado con una voluminosa cesta.—Aquí tiene usted jamón, carne y otras cosas buenas. Hoy es la fiesta

mayor, y justo es que usted también disfrute de ella.

La anciana acogió con una mirada de reconocimiento las palabras del alcalde.

—Es V. muy bueno, y el cielo le premiará por haberse acordado de esta desgraciada—añadió enseguida.

—¿Quién piensa en ello? Hoy es día de regocijo, y por tanto, de alejar pensamientos tristes. ¡Vamos! Se anima usted á venir á ver la ascensión del Guerra en su globo Fortuna?

—¿Del Guerra dice?

—¡Justo! de Antonio.

—¿Será posible!... pero, no, no; aunque as se llamaba mi hijo... Dígame ¿quiere llevarme á verlo?

—¿Porque nó! A la hora precisa enviaré á un mozo para que la acompañe.

Apenas hubo salida el bondadoso alcalde, prorrumpió en sollozos la tía Enriqueta, conmovida ante la idea de que fueran uno mismo el arrojado aeronauta y aquel hijo idolatrado que tan joven se alejó de ella, y de cuyo paradero no volvió á tener noticias, á pesar del número de años transcurridos.

No quería apagar sus esperanzas, pues de ser su hijo, ya hubiera corrido á abrazarla y á socorrerla en su miseria.

Verdad era que hacía más de siete años que, supuestamente muerto el hijo de sus entrañas, abandonó el pueblo testigo de sus desdichas, trasladándose á la casa en que actualmente reside, única propiedad que aun conservaba.

Siglos le parecían los minutos.

Consumida de impaciencia esperaba al encargado de acompañarla, y cuando aquel se presentó ya se hallaba en la puerta.

Hay que aligerar el paso, si queremos llegar á tiempo, tía Enriqueta,—fue el saludo del mozo; y la pobre mujer, sosteniéndose apenas, apresuraba la marcha, temerosa de llegar demasiado tarde.

La curiosa multitud, entre tanto, apilada en derredor del globo, presenciaba absorta los últimos preparativos para la ascensión.

Casi como de gas se metió el globo al vacío del viento; junto á él destacábase, vestido de marino, la interesante figura del aeronauta, dispuesto á arrostrar en las alturas la cólera de la tempestad, que hacían temer oscuros nubarrones manchando el profundo azul del cielo.

Pronto, á impulsos del globo, cedieron al viento tanto las maromas que lo retenían preso; el gimnasta se quitó la gorra para saludar al público, que guardando profundo silencio, contemplaba extasiado la escena...

De repente se detuvo; abriéronse desmesuradamente sus ojos, y adelantando los brazos recibió en ellos á la anciana Enriqueta casi desvanecida.

—¡Madre mía! abraza á tu hijo que te creía muerta;—exclamó arrasados de lágrimas los ojos.

—Después de sacrificios inmensos logré reunir un modesto capital, mas cuando corrí á ofrecérselo no estabas en el pueblo—Se fue no sabemos dónde,—me dijeron;—y desde entonces, desesperado, no hallé la felicidad en parte alguna.

En aquel instante se desprendía el globo de las cuerdas; Antonio, desasistido de los brazos de su madre, se lanzó al espacio.

—¡Otra vez abandonada!

—Pronto salto á tierra para no separarnos más—contestó, mientras ejecutaba una maravillosa gimnasia en el aéreo trapezio.

Gradualmente aquella enorme masa parecía más pequeña á los miles de personas agrupadas en la plaza.